

# HISTORIA, POLÍTICA Y REFLEXIÓN: HACIA EL HOMBRE META-HISTÓRICO PRIMERA PARTE

JOAQUÍN A. MUÑOZ MENDOZA<sup>1</sup>

Recibido: 26 de septiembre de 2011

Aprobado: 7 de noviembre de 2011

Hace mucho tiempo, tengo claro que no debo ni puedo estar de acuerdo con todos aquellos que hablan de crisis cultural en tonos que van de lo trascendente, hasta lo apocalíptico, contemplando con pesimismo los últimos avatares del saber. La palabra *crisis* va de boca en boca últimamente. Como tantas palabras, ha dejado de significar gran cosa: el uso reiterativo acaba en la indefinición semántica. En cualquier caso, es una voz que califica la situación de desconcierto en que muchas cabezas *pensantes* se encuentran... poner un nombre a esta angustia, tranquiliza. El peligro parece exorcizado, la calma recuperada -mal andan los que tienen que acudir a estos hechizos-. De repente se dan cuenta que están metidos en pleno bosque y, perdida la noción de horizonte y perspectiva, no tienen otro recurso que buscar la protección de una cueva: el abandono.

Además, tengo claro que no debo ni puedo estar de acuerdo con el pesimismo con que algunos contemplan esta feria de palabras vacías, de sinsentidos, que parece ser la cultura actual. Y esto, debido precisamente a la constatación que estamos inmersos en una nube de discursos usados que ya nada significan para las personas, cosas, y situaciones nuevas, sin embargo, esto me parece tremendamente positivo. De nuestra situación actual, lo que se desprende, es una exigencia moral nueva, que va más allá de la exigencia nietzscheana de la crítica de valores, imponiéndonos la construcción de palabras nuevas, y de discursos nuevos. Y esta exigencia es ineludible, pero, para poderla cumplir, supone saber encontrar en las profundidades de los discursos viejos y usados, aquellos hilos, aquellas vías que han sido ocultadas y que conducen directamente a lo nuevo, a lo comprensible por las personas. La avasalladora monotonía de las “autopistas” del saber contemporáneo, que han intentado por

---

<sup>1</sup> Doctor en Historia. Escuela de Educación Superior en Ciencias Históricas y Antropológicas. San Luis Potosí, México. Correo electrónico: joaquinantonio59@yahoo.com.



todos los medios someternos a una cultura y a un saber unificadores, uniformadores y totalizantes, han intentado destruir toda una noble tradición cultural, toda una conciencia profunda, que a lo largo de los tiempos había ido posándose en nosotros, y que ha subsistido precisamente gracias al genio indomable de algunos pensadores singulares, que en los siglos XIX y XX, nunca quisieron saber ni de escuelas, ni de doctrinas, ni de saberes “poderosos”. Con ellos recuperamos el alma -en un sentido muy popular y nada de trascendente de la expresión-, que había sido *secuestrada* entre el espíritu y el cuerpo, y es ella la que hace renacer entre nosotros, esta percepción-consciencia de la “realidad”, tensión moral *entre el yo y los otros*.

Porque lo que está en crisis en el campo cultural es la unidad, la monotonía el método no negociable, la ordenación, el ismo, la receta para todo (que no sirve para nada): es decir un tipo de discurso que pide la adhesión ciega e incondicional y que promete a cambio la redención, ya sea en la tierra o en el cielo, teniendo respuestas impresas para todos y cada uno de los interrogantes y problemas, y sobre todo la respuesta más cómoda de todas: el hábito de no plantear cuestiones. Son los grandes sistemas cerrados del pensamiento contemporáneo. Pero, las utopías se han aplazado indefinidamente, las respuestas exigen mucha fe para ser creíbles, las promesas no se cumplen: surgen las zozobras. Algunos empezamos a entender que quizás el mundo no era tan simple, tan llano, tan liso, tan elemental: que quizás hay algo más que un juego de buenos contra malos. Y redescubrimos la contradicción, la complejidad y la angustia. La pérdida de puntos de referencia ha sido para muchos difícil de aceptar. Antes que asumir la inseguridad, la angustia, la contradicción (propia de nuestra condición) ha optado por el ingenuo exorcismo de palabras como *crisis*, el retorno mal consciente al cultivo del jardín o la única receta que resiste a tiempos de zozobra, la que se legitima en el más allá, la religiosa: no en vano, de Jomeini al Dalai Lama pasando por Woytila, estamos viviendo *el retorno de los sacerdotes*.

Sin embargo, sobre las cenizas de tanto discurso usado, renace la posibilidad del debate cultural rico y apasionado, de la búsqueda de ideas y palabras cargadas de contenido conceptual emancipador y potente, de la construcción de valores ciudadanos, de la recuperación de discursos perdidos, alejándonos de la confusión ignorante que implica construir *agendas culturales* que realmente son malos cronogramas de eventos sociales cargados de condescendientes brindis y pobreza confesional. Todo ello, en una circunstancia en la que realmente vale todo, en que hay que apostar fuerte, sin miedo, a decir lo que uno lleva adentro, con la tranquilidad además que,

las grandilocuentes excomuniones y descalificaciones que las grandes y vetustas ortodoxias siguen pronunciando ya no tienen valor moral, ya no impresionan a nadie. Las condiciones del debate cultural han ganado libertad, en la medida en que los anatemas han perdido eco. Es en este espíritu que propongo unas breves reflexiones sobre la consciencia de la historia y la democracia.

Uno de los más importantes acontecimientos de este siglo XXI en el campo del saber, es la mutación profunda que ha sufrido la conciencia de la historia en cada uno de nosotros, con efectos sin duda singulares en múltiples direcciones. En particular sobre la propia configuración del saber.

Después que la revolución copernicana de Kant (*...la mente del hombre es no sólo centro de giro sino el espacio mismo y el fondo del universo...*) abriera definitivamente las puertas de la contemporaneidad, aprendimos para siempre (Hegel) que somos Historia. En las conciencias pensantes, la historia se hizo proyecto de futuro, sobre un pasado que con frecuencia se contemplaba con conmiseración. Era el signo de los tiempos: para Condorcet, que creía ciegamente en la doctrina de la perfectabilidad indefinida de la especie humana, la historia de la humanidad tenía diez etapas, desde la simplicidad guerrera hasta la luz de la civilización, la última de las cuales –que empezaba con la Revolución Francesa– era la de *...los progresos futuros del espíritu humano...* Para Fichte, la época contemporánea tendría que conducirnos del dominio ciego de la razón (obscuridad y coacción) al dominio vidente de la razón (claridad y libertad). Para Hegel: *...la historia es el avance de la conciencia de la libertad...* Como ha escrito Pierre Nora: no había intelectual sin idea del futuro, sin secreto del presente, sin saber del pasado.

Esta conciencia de la historia proyectada en el futuro, en el debate que siguió a la Revolución Francesa, se clarificó sustancialmente hasta tomar forma de modelos precisos. Para los intelectuales contemporáneos, el futuro podía ser **restauración**: retorno a un pasado mejor; **progreso**: desarrollo del individuo, de las riquezas y del medio; o **revolución**: expectativa de una sociedad nueva, construida sobre las ruinas del presente. En uno u otro caso, mirándose en el espejo del pasado, contemplando con fascinación los inacabables progresos de la razón y de la técnica, o esperando la superación de la contradicción de un mundo nuevo y feliz... la historia era vivida como camino hacia la construcción del mañana, como ilusión de futuro.

Inevitablemente, esta forma de conciencia intelectual de la historia -y Marx lo entendió mejor que nadie- reclamaba, necesitaba del correlato automático de un modelo práctico de construcción del mañana: teoría y política iban inexorablemente de la mano. Pongámosles nombre: tradicionalismo (*restauración*), liberalismo (*progreso*) o socialismo (*revolución*), para indicar las tres formas en que a lo largo del XIX fue cristalizando la conciencia de la historia, en el encuentro entre el saber y el poder político.

Como consecuencia de ello, el intelectual se encontraba vinculado no sólo a las opciones, sino a las instituciones políticas -nunca como en ese período, se han desarrollado tanto los aparatos institucionales del saber-. El pensamiento de *izquierdas*, otorgará un nombre a esta forma de ejercicio de la función intelectual en integración directa con las propuestas políticas: el **intelectual orgánico**. El poder intelectual no era ninguna teoría... el positivismo fue la forma filosófica más precisa de encarnación de este nuevo tipo de saber y, de ejercer el saber.

El siglo XX, y el desarrollo tecnológicamente acelerado, junto con las dramáticas consecuencias de este peligroso “*ménage*”, entre la intelectualidad y la política, llevaron este proceso hasta sus formas de expresión más exacerbadas: politización generalizada de los intelectuales, legitimación institucional, burocratización del saber e incidencia de las **mass media**, fueron los fenómenos dominantes en la vida cultural. La construcción del futuro, poco a poco, se iba enturbiando como perspectiva, entre los claroscuros de un pasado que no era alternativa clara (Maurras), de un mañana que empezaba a aterrorizar (Huxley) o de un “*happy end*”, que ya sólo la utopía conseguía mantener como llama viva (Bloch).

La realidad de las cosas ha acabado dando al traste con el modelo: hoy la conciencia de la historia, ya no se apoya en un futuro en el que casi nadie cree, sino que simplemente, se aspira a vivirla, en la misma contradicción del presente. Pensamos menos en hacer la historia y más en que somos historia: poder y tiempo, diferencia y repetición. La consciencia de la historia se asume propiamente en el presente de la inmediatez. Y, naturalmente, la figura del intelectual ha cambiado: su relación con las propuestas políticas también. Actualmente, en este siglo XXI, el intelectual orgánico se está haciendo de nuevo autónomo. Ya no se espera de él, el rezo de una doctrina, la preparación analítica de una estrategia o la *adivinación* científica -tantas veces fallida- de pasado mañana. Simplemente, se quiere oír su voz; se le vuelve a reclamar

por la potencia de sus gestos, por la fuerza de sus actos: como creador o artista; por las enseñanzas de su saber; por la pedagogía de sus palabras: como profesor; por la independencia de su espíritu, por el carácter no falseador, no burocrático de su discurso; como conciencia crítica, aquello que no tenía que haber dejado de ser nunca.

El intelectual ya no es lo que era -ha perdido, felizmente, poder de Estado-; debe volver a ser lo que quizás alguna vez fue, y nunca dejó completamente de ser: el estilo que desde la marginación que durante años ha sido impuesta a su condición de intelectual autónomo y que mantuvieron vivo a lo largo de la época contemporánea hombres como: Kierkegaard o Baudelaire, o un señor tan ordenado como Thomas Mann. Sus voces vuelven a oírse estos días.

Este cambio profundo en la conciencia que nosotros tenemos de la historia es un acontecimiento singular, que sin duda afecta no sólo al saber, sino también, al hacer contemporáneos. Y esta mutación de sustancias de uno de los ejes de la *episteme* del saber más reciente (la conciencia de la historia) ha sido simultánea al de la figura que es su gran acompañante temporal: la categoría de *hombre* que corresponde a la analítica de *lo humano*. El hombre del progreso (el sujeto que vive, habla y trabaja, y que, como tal es analizado: biología, analítica del lenguaje, economía política, filosofía; el elemento de un conjunto de población susceptible de ser ordenado a partir de la información que nos da la probabilidad, la estadística y la informática), con la pérdida de una determinada conciencia de la historia, ha resucitado como individuo. En su rebeldía ha tomado conciencia de que el inconsciente (Freud) y el poder (Foucault) eran eternos, en el sentido de transhistóricos, y que -feliz contradicción- quizás sólo el Estado -el que Hegel veía como culminación de su conciencia de la historia, el que dio cobijo a los intelectuales que creían en el futuro- sea realmente precedero.

Al llegar a este punto del proceso del saber, quizás estemos en condiciones de empezar a afirmar, sin miedo, que lo tradicionalmente llamado época contemporánea -y que ahora habrá que llamar de otra manera- ha terminado. La pérdida de la conciencia clásica de la historia, ha roto la estructura de un saber de doscientos años. Pero ella misma -Bobbio tenía razón cuando dice que la política de la “*tábula rasa*” es política de bárbaros- lleva en sí los gérmenes de una nueva configuración del saber que llamo **metahistórico**: de su propio seno sale el individuo dispuesto a asumir su amplia historia, más que proyectarla en conciencia de futuro. Aunque todo ello genere la

Joaquín A. Muñoz Mendoza

inquietud de sentirnos con escaso saber del pasado, sin apenas secreto del presente y casi sin idea del futuro.

### **Nota al editor**

Este escrito es el planteamiento y la reflexión inicial que el autor desarrolla entorno a Hombre Meta-Histórico.